

001 = 6 (Mru)

1682

brújula



febrero 1934

AÑO I

brújula

NÚM. 2

27 MAR. 1934

Director:
CARLOS PITTALUGA

Subdirector:
MANUEL AZNAR

COMITE DE REDACCION

Luis E. Arnillas ♦ Javier Aznar ♦ Alvaro d'Ors ♦ Gregorio
Marañón Moya ♦ Joaquín Martínez de Velasco ♦ Alvaro
Maura ♦ Emilio Mezquita



SUMARIO

Agradecidos ● ¿Qué les pasa a los estudiantes?, por HECTOR MARAVALL ● Arabesco,
por CARLOS GIL DE AVILA ● Los estudiantes de medicina en 1834, por JUAN HER-
NANDEZ SAMPELAYO ● Poesías, por RAFAEL BELTRAN LOGRONO ● Polo magné-
tico ● «Eva» (dibujo), por CARLOS PITTALUGA ● «Beatus ille», por ALVARO
D'ORS PEREZ-PEIX ● El hombre que tenía el alma oxidada, por CARLOS PITTA-
LUGA ● Constantinopla, por EMILIO MEZQUITA DEL CACHO ● Panorama actual de
nuestra escena, por TOMAS SESEÑA PALACIOS ● Extensión universitaria cinematográfica,
por JOSE LUIS GONZALEZ ● Ciclismo: Cuatro españoles en la «Tour de France», por
GERMAN INZA ● Notas a un libro, por GREGORIO MARANON MOYA

PRECIOS DE VENTA:

Por número, 1 peseta.

Suscripción al año, 12 pesetas.

Redacción y Administración: Blanca de Navarra, 4

Portada de Carlos Pittaluga

Grande ha sido el entusiasmo, para proseguir nuestra obra, que nos han dado el público y la Prensa con la acogida cordial hecha a nuestro primer número.

El primero, con las felicitaciones privadas que nos han hecho, guiado por una bondadosa generosidad hacia nosotros.

La segunda, dedicando amplios espacios de sus columnas, repletas de calurosos y ensalzadores elogios, inmerecidos, por esta obra de nuestros entusiasmos y anhelos juveniles.

Agradecemos grandemente esa bondad y esos elogios, por el gran entusiasmo y ánimo que nos infunden para llevar a cabo todos nuestros planes, audaces, como lo ha sido ya en sí la publicación de esta Revista.

¿Qué les pasa a los estudiantes?

Por Héctor Maravall

Pasarles, no les pasa nada. Ni se sienten los estudiantes, ni llaman la atención los actos de su vida. Tal es, precisamente, el hecho de no pasarles nada; las tendrían que pasar hoy difíciles para notar algo en ellos; tendrían que aguantarlas, pasarlas negras para que se notase que sentían las preocupaciones del momento actual, para ver que vibraban, que estaban despiertos y que tenían los ojos abiertos y los músculos en forma para empezar a hacer algo. Esforzarse, empezar a trabajar será lo que tendrán que hacer para recuperarse a ellos mismos, para notarse ellos.

Goethe decía que la esencia del estudiante «era realizar un esfuerzo constante». No encontraríamos, pues, por suerte, grandes diferencias entre el estudiante y el hombre que se gana el pan con el sudor de su frente. Ambos, en la vida, tienen la necesidad de hacer un constante esfuerzo para lograr vivir, para no ser arrojados de la vida; se les impone, pues, el deber de trabajar. Schulze, ministro de Instrucción pública alemán, decía que una reforma universitaria no tenía más que dos caminos a seguir: o trabajar o morir. Estas palabras encendieron en entusiasmo a una parte de la juventud y al mismo tiempo dejó ver a los impotentes su propio sentido funeral.

Se impone, pues, una obligación básica. Si los jóvenes quieren

hoy hacer algo tienen que cumplir con el penoso y áspero deber de aprender a trabajar. Pero aprender a trabajar, cumplir con este imperioso deber no es empezar llamándose profesional y quedarse ya satisfecho con la impresión de este marchamo para circular en la vida universitaria; hoy, esta profesionalidad se encuentra anémica y congelada. No ha logrado adquirir el calor que se produce en todo trabajo; el profesional, ni se ha impuesto ni ha buscado someterse a una jornada obligatoria de su trabajo intelectual; le ha faltado el requisito indispensable para decir que vivía una vida profesionalizada. Es hora de sacudirse ese medio sueño con que deambulaban por la Universidad; se debe comprender que la vida, en sus primeros años, no es más que un torpe, duro y penoso noviciado.

Se ha dicho, con muy poco acierto pedagógico, «juventud, edad feliz», y lo peor de esto es que los estudiantes lo han creído de cabo a rabo, y hay que ver qué cómodamente se han aplicado la frase. Esta felicidad, que disfrutaban en su estado de distracción, no es más que la realidad anormal en que se encuentra esta juventud, que vive y se empeña seguir viviendo en el reino de lo fácil. En Jauja, todas las cosas se encuentran ya hechas; no hay que trabajar, no hay que hacer nada, porque todo está ya hecho; todo está, pues, al servicio de los habitantes de este felicísimo lugar. Esta juventud, que lo encuentra todo a su servicio, corre el peligro de que le falta la pasión para emprender, no ya una labor creadora —bajemos las aspiraciones—, sino para empezar a trabajar, que es el primer deber a cumplir en la faena de servir a España.



España, hoy, está perdiendo la confianza en la Universidad; ésta ya no influye en la dirección de su vida social. Se prescinde de la Universidad cuando se habla de España, cuando se piensa en ella; porque hoy la Universidad no actúa en la vida pública, no la influye para nada. Es que si el universitario quiere resucitar debe abandonar la actitud de quietismo, de espera, en que se en-

cuentra colocado, para tomar una actitud de esfuerzo creador. El joven debe comprender que la vida no puede ser esperada, sino conquistada; no puede ser humilde resignación, sino orgullosa voluntad.

La Universidad, con todo esto, ha bajado de nivel. Este descenso se debe a que el fenómeno político de la época se ha producido también en ella. Esta actitud del estudiante actual es la actitud típica de la masa, dentro o con referencia a la Universidad. Las masas han entrado en la Universidad, la han invadido, atiborrándola de gente, y la Universidad se ha hinchado; esta hinchazón es para algunos, a quienes ya les ha llegado el crepúsculo y andan entre tinieblas, un supuesto renacer: creer esto es dejarse engañar miserablemente.

Estas masas que se encuentran en la Universidad han hecho algo, pero algo completamente negativo: han dado estado a unos hechos que pudiéramos llamarlos batalla pugilística en torno a las ideas políticas y sociales. Esta masa tiene nada más y solamente esta clase de actividades, hechas con pasión sorda, con manejos insinceros, como de período preelectoral. El alma del estudiante debe parecerse más bien a una aguja gótica que a una zizagueante línea política.

No hay que ufanarse de esta clase de batallas que se libran estos años dentro de los recintos universitarios por la defensa de ideas político-sociales, que riñen y luchan con mayor intensidad en la calle. La violencia y las luchas no son de ahora, arrancan de bastante lejos. El padre Getino, describiéndonos la vida de la Universidad salmantina, allá por el siglo XVI, nos dice: «... lo más peligroso, lo más ruidoso, lo más trágico no lograron desterrarlo del todo las infinitas disposiciones dadas con ese objeto. Los estudiantes se apasionaban de una manera atroz por el candidato de su deseo; los días de oposición eran días de excitación en toda la ciudad, y a veces de luto, en que corría la sangre en abundancia» (1).

(1) P. Getino: «El Maestro Fr. Francisco de Vitoria», pág. 64, Madrid, 1930.

Es triste contemplar hoy la honda diferencia entre los móviles que animaban el espíritu bélico de aquellos estudiantes y los de ahora.



Las masas han entrado en la Universidad, se han acomodado en ella, dispuestas a colectivizar la cultura. Este es, precisamente, el fenómeno más grave que ha producido el imperio de las masas en la Universidad: la colectivización de la cultura. En toda creación de cultura, si se quiere que sea auténtica, eficazmente profunda, se necesita que vaya acompañada de un ensimismamiento, de una individuización del que la crea. La negación de la individualidad profunda del hombre, de su personalidad, es el gravísimo atropello de estos colectivismos. En un reciente libro sobre la juventud intelectual en Rusia se entrevé en sus páginas la angustia porque pasan los universitarios, los intelectuales, para trabajar. No pueden hacerlo en una organización colectiva. Están demasiado cansados de sufrir el colectivismo en su quehacer; los universitarios piden hoy un mínimo de soledad indispensable a su trabajo intelectual. Es curioso destacar esta postura, que puede significar el abandono de antiguas posiciones de la ortodoxia leninista del Estado.

Vemos, pues, lo angustioso, lo trágico que resulta crear una cultura, cuando se intenta hacerlo con un colectivismo; la cultura necesita, para hacerse, de un trabajo individual, para sacar del hombre lo que en él hay de auténtico, de profundo, de personal; cultura y masa universitaria son dos conceptos que no se unen ni con cola. Dense por enterados nuestros *estudiantes revolucionarios*; desengáense de una vez y comprendan, los que nos dicen que hay que hacer la *revolución en la Universidad*, que no podemos hacerles el menor caso; que una cultura necesita, para florecer, una base moral sana en el individuo, y, cuando no la encuentre, cuando está falta de ella, resultará inútil cualquier intento para realizarla.

A R A B E S C O

Dibujo de
Guillermo
d'Auvarede.



Por Carlos Gil de Avila

Negra en el rojo del pendón targuit, la musulmana media luna intenta desgarrar las nubes rosadas que en el cielo azul anuncian la noche del desierto pardo. Rígidos cuerpos, cubiertos de blancas chilabas espectrales, a la luz rutilante del poniente sol. Camellos inmóviles en actitud exótica parecen orar a unísono con sus dueños.

Estatuarios seres que recobran la vida, que momentos antes parecía ausente, yerguen las frentes como en tácito reto. Velos azules, cubriendo rostros de esfinge lentamente, agrúpanse en tor-

no a las hogueras y, sentados en cuclillas, vuelven a sumirse en religioso silencio.

¿Duermen? ¿Cavilan? Nadie sabe; los ojos, fijos, miran, o parecen mirar, hacia un punto incógnito del firmamento. Las sombras ya cubren por completo la inmensidad del mar de arena, donde las dunas espectrales, a la luz eucarística de Selene, semejan olas de plata.

Lejos, fuera del círculo formado por las tiendas, una silueta blanca, que la distancia hace parecer casi hialina, contempla, ensimismada, el cuadro que forman los hombres inmóviles, que a la luz cromática del astral satélite parece formado de claro alabastro. ¿Qué poder extraño mantiene al targuit, por siempre alejado de la tribu nómada?

Es Mahalí, el baldón de sus congéneres. El raquítico cobarde que toleran sus hermanos por fatalismo oriental.

¿Qué ideas descabelladas cruzan por la mente febril del despreciado targuit?

Sus manos oprimen un raro instrumento. Semeja un timbal, al que hubiesen adosado un exótico saliente. En toda su extensión se ve cruzado por vibrantes cuerdas. La mano, huesuda, recorre pausada el mástil enhiesto del negro timbal. Las miradas fijas de los rígidos touaregs no contemplan ya el punto del incógnito espacio. En Mahalí convergen. Nada turba ya la paz de la noche sahariana. Cesó el rugir de las fieras, que, hiératicas y mudas, permanecen en la sombra, escuchando el ruido del silencio.

La mano, que descansaba sobre el arenoso suelo, rasguea levemente sobre las cuerdas tensas y rompen el omnímodo silencio las notas mórbidas de una cáustica serenata.

Afluyen a raudales armoniosos arpeggios; notas exuberantes de rítmico compás. Se escuchan, eurítmicas, dolorosas notas, exaltadas y tristes, de litúrgico son. La tribu, invadida de místico asombro, permanece absorta. Una última nota se expande en el ámbito. Semeja angustiado grito de dolor. Un cuerpo rueda sobre la arena blanca; el mástil se quiebra y sobre una duna se ríen las hienas de la guzla rota.

Los estudiantes de medicina en 1834

Por Juan Hernández Sampelayo

Ya no son aquellos del viejo manteo despedazado y sucio y el bicornio con cuchara y pandereta en mano que Gustavo Doré nos pinta en sus dibujos y autores extranjeros nos describen en sus siempre fantásticos relatos, no. Son jóvenes limpios y aseados, embutidos en estrechas levitas, de las que desborda el corbatín por la pechera y pantalones ajustados sobre la media bota, y envueltos todos ellos, salvo en los últimos días de mes, en la amplia y muy castiza capa madrileña; tocándose, como los españoles todos por aquella época, con el negro sombrero de copa, ya que el general sinsoberismo estudiantil ha de tardar muchos años en llegar.

Bajan muy de mañana al viejo Colegio de San Carlos, que el buen Carlos III fundó un día, allá por el año de 1783, pues a las nueve sonadas ya abren los bedeles las aulas, y al pico de las cuatro, y como se hace hoy por sus sucesores, por no quebrantar la tan tradicional costumbre, entraban los señores catedráticos en las mismas y empezaban a explicar las de obstetricia y propias del sexo, la anatomía y vendajes, la higiene, la materia médica, las de afectos agudos y crónicos con voz pausada y claridad infinita, ya que tales eran los méritos de aquellos grandes médicos, y cuyos nombres son Pedro Castelló, el gran cirujano que, mejorando grandemente a Fernando VII y diciéndole éste le pida un favor, le pide y consigue sean

repuestos en sus cátedras todos los compañeros suyos, por aquel monarca separados en los años funestos de su reinado ; Hisern, que más tarde se haría homeópata ; Gutiérrez, director del Colegio y benefactor del mismo y su biblioteca ; Trujillo, el célebre político, a más de gran terapeuta, y D. Diego de Argumosa, que siendo un tan gran anatómico y cirujano tanto había de discutir y atacar la sociedad de su tiempo al acabar con las fingidas llagas de la monja Sor Patrocinio. A las doce, y ya terminadas las clases, los más se van al paseo, y algunos, los menos, a los hospitales de Nuestra Señora de la Encarnación, General de la Pasión, de Antón Martín y de la Latina, con los maestros, a aprender a la cabecera de los pobres pacientes los remedios más nuevos, que ellos, más tarde, aplicarán, o al menos lo intentarán en las cabezas de turco de amigos y parientes, lo mismo que en los días que corren y con igual énfasis y doctrinamiento, llevando al extremo su afán de palabreo científico, que por pedir postre de conservas a la patrona la demandaban, ante el asombro de ésta y burla de los demás huéspedes, leturio de guindas. Tanto más que por aquella época, y con su bachillerato en Artes, compuesto por las asignaturas de Humanidades, Francés, Lógica, Matemáticas y Física, podían entrar en el Colegio de San Carlos y obtener el de cirujano sangrador o romanista, con el cual, y siendo estudiantes de Medicina, ejercían de médicos ; tal es el caso del célebre Méndez Alvaro, quien en unión de otros compañeros, en análogas circunstancias, realizó toda la epidemia del cólera en el Hospital General. Y ya una vez terminado el muy frugal almuerzo, se iban a dar con sus huesos al café a desollar pellejos y hablar de mujeres de más o menos rompe y rasga, a las que planeaban asaltos o daban tiernas serenatas, con gran acompañamiento de bandurrias y guitarras, de las que eran finos y expertos tocadores. Luego, para acabar de pasar la tarde, y si no eran los meses del «empollen»—«en los que ya (y dejemos la pluma a Méndez Alvaro) desde el primer año nos reuníamos, para formar un repaso, seis condiscípulos, organizándole de tal forma que cada uno explicaba un día de la semana las lecciones correspon-

dientes, sufriendo en seguida las objeciones que gustaban oponerle los restantes. Y observábamos con todo rigor un Reglamento formado a este fin, en el cual no se echaba de menos la parte penal para el descuidado que acudía después de la hora señalada y para el inasistente. Las multas (de dos a cuatro cuartos) exigidas por estos conceptos, y las que pagaba el que no sabía bien la lección o dejaba de responder a cierto número de preguntas, formaban un fondo, que, después de los exámenes anuales, se gastaba alegremente en la fonda. Nuestro repaso lo constituímos, del principio al fin de la carrera, el que esto escribe y José Alvarez Bustio, Manuel, López de la Fuente, Pedro Fernández Tréllez, José González Olivares y Manuel Santos Guerra. Y con dificultad podrá creerse en el día el rigor con que hacíamos nuestros estudios y la aplicación de todos los escolares que nos habíamos congregado—, se marchaban en grandes grupos a los teatros del Príncipe y de la Cruz, en cuya tertulia, por tan sólo cuatro reales de vellón, armaban grandes grescas y alborotos con la vecina de mujeres, ocupada siempre por mozas de partido, y se emocionaban a veces con los primeros ecos románticos del duque de Rivas, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch y Martínez de la Rosa, o Rosita la Pastelera, por entonces jefe del Gobierno; boca de Julián Romea, Carlos Latorre, García Luna, Matilde Díez y la Teodora Lamadrid.

Y hecho un condumio más ligero que el del mediodía, al billar a arañar los paños, o si eran meses de verano, a las verbenas de San Antonio o la Virgen del Puerto, y así, día tras día, hasta que llegase el codiciado, pero a veces triste, de alcanzar el título.

Y al acabar este breve y desvaído artículo de recuerdo de aquella época de gloria y tristeza a la par, enviemos un recuerdo sentido y lleno de emoción a aquellos jóvenes, tales como Sánchez de Toca, Marcos Viñals, Asuero, Nieto y Serrano, Méndez Alvaro y Fourquet, que luego han sido y por siempre serán honra y prez de la Medicina de nuestra muy amada España.

Poesías

Por Rafael Beltrán Logroño

S U E Ñ O

*Que callen las campanas
y que se apague el sol.*

*El niño va a dormirse
abrazado al tambor.
El jardín de sus juegos
lo llama en su canción
y las acacias dicen
que enmudezca el cantor.*

*El niño va a dormirse
abrazado al tambor.*

*Que callen las campanas
y que se apague el sol.*

A B E D U L

*No creas que me enamoras,
abedul de los caminos,
porque se encienden las luces
del despertar en tus gritos.*

*No voy,
que me lleva el río.*

*No te quiere nadie ver
sobre el césped malherido,
porque sólo te compones
cuando se sangra el cortijo
y el sol se apaga en las turbias
algarabías del río.*

*No te quiere nadie ver
con un mochuelo por hijo.*

*No voy,
que me lleva el río.*

*Cuando el arriero entona
canciones a su borrico,
se llena el cielo de estrellas
y las veredas de vidrios
y tú estás sólo, abedul,
repicando en los caminos.*

*No voy,
que me lleva el río.*

*Marcho a la fuerza, a la fuerza,
abedul de los caminos.*

*No voy,
que me lleva el río.*

POLO MAGNETICO

Decía hace días un telegrama de un periódico de la noche: «En el vecino pueblo de Manzanares el Real los lobos hicieron estragos.

Se internaron en el monte después de haber devorado dos novillos. No han sido hallados más que los restos de tres.»

Como se sabía por todos los periódicos, en la Sierra, hace algún tiempo, los lobos bajaron a los pueblos y devoraron el ganado, en unas proporciones alarmantes, para la tranquilidad de los vecinos.

Con ese motivo, y después de gestionado por las comisiones de esos pueblos que vinieron a Madrid, se organizó una batida para ver si se daba con los lobos.

Entre otros muchos, se apuntó el nombre de nuestro colaborador Jorge Luzuriaga, que se fué «a la busca del lobo».

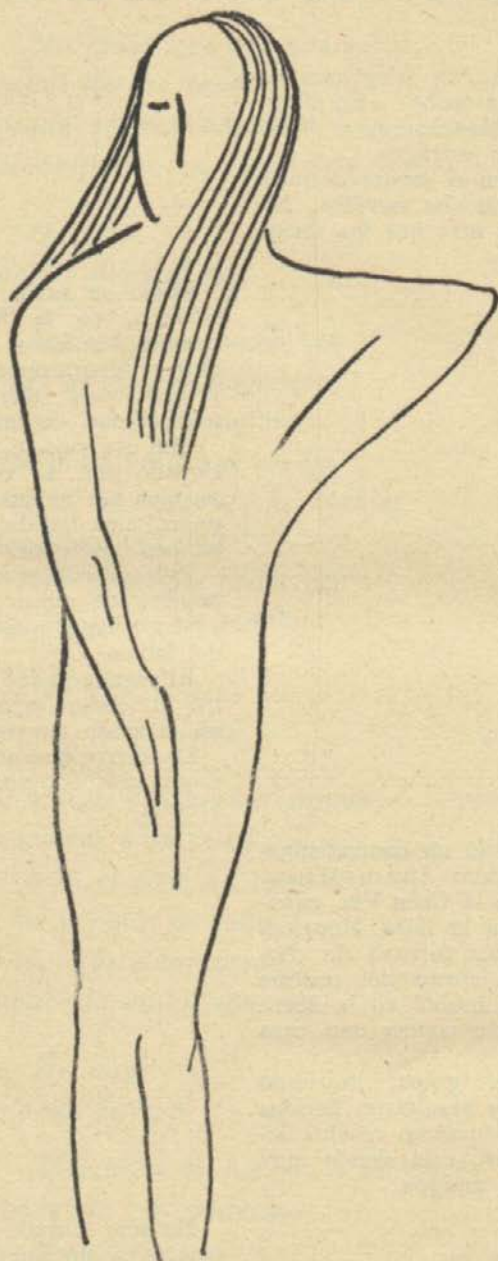
El resultado fué que no se encontró el menor rastro de lobos y que no se pudo dar con ninguno.

De suerte que nuestro amigo Luzuriaga se quedó tenso... «tenso y sin presa».

Hace días ocurrió un contratiempo a nuestro compañero Alvaro Maura. Iba éste cruzando la Gran Vía, cuando un autobús de la línea Moncloa-Lista tuvo la mala fortuna de chocar con él. Por efecto del enorme golpe, el autobús montó en la acera y fué a estrellarse contra una casa próxima.

Por efecto del golpe, murieron cuatro personas y resultaron heridas doce. Nuestro compañero resultó ileso; con ese motivo está siendo muy felicitado por los amigos.

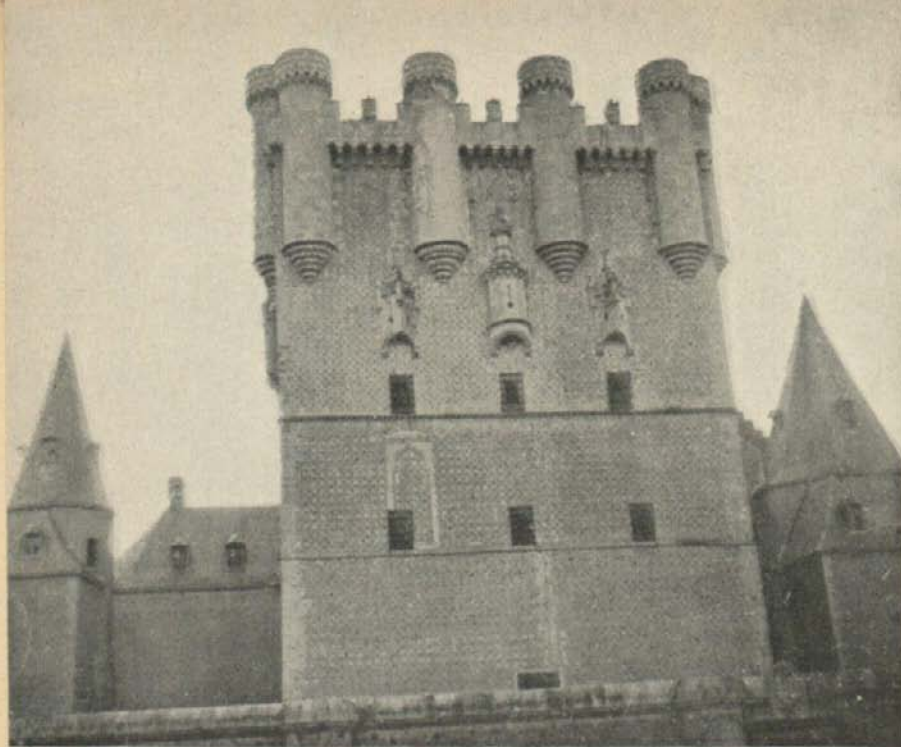
Ha sido lanzado en el mercado farmacéutico un nuevo producto contra la calvicie, que lleva el expresivo nombre de «Caspitín».



EVA, POR CARLOS PITTALUGA.

El hielo.
Foto Straub.





Alcázar de
Segovia.



La Catedral
de
Valladolid.

Fotos Martínez
de Velasco.

"BEATUS ILLE"

Por Alvaro d'Ors Pérez-Peix

Hay muchos motivos poéticos que, por corresponder a un sentimiento verdadero y profundo de la condición humana, han sido frecuentados por los vates de todos los tiempos. Y es curioso observar cómo, aunque el motivo perdure, cambia su expresión, gracias a una constante evolución de la sensibilidad.

El tema de la soledad, provocado por una postura espiritual siempre sentida, aparece, tratado por poetas de diferentes épocas, siempre el mismo en esencia, pero distintamente matizado. Compararemos el *Beatus ille*..., de Horacio, que expresa ese sentimiento de vida apartada, con *La vida retirada*, de Fray Luis de León, y la *Solitude*, de Alejandro Pope, inspiradas ambas en los épicos del venusino, y podremos observar cómo el mismo motivo ha sido sentido de muy diferente modo por los tres poetas.

El comienzo de las tres poesías nos revela ya la unidad esencial :

«Beatus ille, qui procul negotiis,
Ut prisca gens mortalium,
Paterna rura bobus exercet suis,
Solutus omni faenore!» (1).

(1) Tomamos la traducción de Lupericio Leonardo de Argensola, porque, aunque no tan bella como la de Fray Luis de León, es quizá más literal. «Dichoso el que, apartado—de negocios, dimita—a la primera gente de la tierra,—y en el campo, heredado—de su padre, ejercita—los bueyes, y la usura no le encierra.»

«¡Qué descansada vida
La del que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo
[han sido!]

«Appy the man, whose wish
[and care
A few paternal acres bound,
Content to breathe his native air
In his own ground.» (1).

Hay en los tres un ansia de sencillez de vida, un amor grande por la casa de campo, por los alimentos no comprados y groseros, que preferirá el latino a los refinados manjares extranjeros, por la «pobrecilla mesa, de amable paz bien abastada», que dirá León.

Pero estos tres comienzos, si bien nos muestran la unidad de motivo, nos bastan ya para descubrir la diferencia de sensibilidad. En efecto, en Horacio hay una nota que desaparecerá, casi por completo, en el español y de la que no hallaremos rastro en Pope: la verdadera ansia de campo, de rústica pena. Horacio, o, mejor dicho, Alfio, en cuya boca pone el elogio de la vida retirada, está pensando en el ideal del labrador. Cansado de la metrópolis, de las guerras y de todo el mundillo de pleitos y recomendaciones, ved cómo se representa ese ideal:

«Ergo ant adulta vitium propagine
Altas maritat populos;
Aut in reducta valle mugientium
Prospetat errantes greges;
Inutilisque falce ramos amputans
Feliciores inserit;
Aut pressa puris mella condit amphoris,
Aut tondet infirmas oves;
Vel quum decorum mitibus pomis caput
Autumnus agris extulit,
Ut gaudet insitiva decerpens pyra
Certautem et uvam purpuræ,
Qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium!» (2)

(1) [Trad. de V. y A. d'O.] «Dichoso aquel cuyas cuitas y desvelos—De su heredad en el área breve enciera,—Contento si libre el aire de su tierra—Respira en propio suelo.»

(2) «Mas las vides crecidas—con olmos acomoda,—y en el valle remoto huelga viendo—sus vacas esparcidas.—El ramo inútil poda, mejor en su lugar otro ingiriendo,—o en cántaro de miel pura exprimiendo:—sus ovejas trasquila, y cuando empieza—a mostrar su cabeza—coronada el otoño, coge ufano—la pera ingerta de su propia mano.—Y el maduro racimo—que competir parece—con la púrpura misma, juntamente,—como despojo óptimo,—a ti, Priapo, ofrece—y a Silvano, en los campos presidente!...»

No es, en verdad, un ideal muy reposado. Luego hablará de la caza del jabalí y de la liebre, de la pesca con red, del ordeño de las vacas, de los bueyes fatigados por la dura jornada y del placer de reunirse con los esclavos alrededor de los sagrados lares. Todo esto constituye un género de vida que realizaron quizá los romanos primitivos y que luego fué ensalzado y recordado con nostalgia, ya por razones políticas, como ocurrió con el farsante Catón, ya por razones estéticas, como ocurrió con la mayoría de los poetas. En Horacio, pues, no se delata la pereza; únicamente en un momento se habla del placer de estar tendido bajo la vetusta encina o sobre la tupida grama. Gracias a esta laboriosidad podrá olvidar las cuitas que el amor trae consigo.

Pero en Fray Luis de León, ¿dónde están los bueyes y los jabalíes y los injertos? El también desea olvidar la ciudad

«Con un manso ruído
Que del oro y del cetro pone olvido.»

Pero de las faenas agrícolas no habla ya. Es verdad que dice:

«Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto.»

Pero eso es todo; no encontramos por ninguna parte aquella directa relación del hombre con la naturaleza. Lo interesante es la nueva nota de nuestro poeta, que no hallamos en Horacio: el ansia de perfección moral. El retiro del latino es geográfico, natural; Fray Luis de León, por lo contrario, apetece un retiro místico. Ya lo dice al empezar:

«... Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

Comparad la descripción del ideal latino con estos versos:

«Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.»

Y es, al mismo tiempo, más perezoso que Horacio. ¿Quién, al leer esto, puede pensar en la bronca caza del jabalí?

«Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando.»

En Pope, el elemento natural ha desaparecido casi por completo; su ansia de vida apartada es intelectual. El, lo que apetece, es un reposo físico, mayor aún que el de León, y un ambiente propicio para el trabajo, lejos del mundo literario que tanto le amargó:

«Blest, who can unconcern'dly find
Hours, days and years, slide softaway
In health of body, peace of mind;
Quiet by day,
Sound sleep by night; study and ease
Together mixt, sweet recreation,
And innocence, which most does please
With meditation.» (1).

Observamos, pues, cómo el factor pereza física va intensificándose al compás del factor mental.

La comparación de estas tres poesías nos sirve, además, para observar qué diferentemente han sentido la naturaleza sus autores. Horacio tiene una concepción materialista de la naturaleza. En general, los latinos, y aún más los griegos, no experimentaron el sentimiento estético que a los modernos inspira el paisaje. Se entusiasman ante unas vacas bien alimentadas, ante una rica cosecha o ante un río abundante en sabrosos peces; era una visión económica. En la poesía de Horacio, que venimos analizando, hay un solo momento en que parece sentir una emoción estética ante la naturaleza: es cuando habla de los arroyos que bajan de las cumbres y de los lamentos de las aves; pero no tarda en explicar qué clase de placer le inspira todo aquello: le invita a sueños sosegados.

(1) «Bendito el que lograr puede sin denuedo—Horas, días y años ver pasar en calma—Eufórico el cuerpo y con paz en el alma,—Por el día en sociogo.—Perfecto su nocturno sueño; la holgura—Al ocio unida; dulce recreación—y la inocencia, que con meditación—En el placer más dura.»

Por lo contrario, en Fray Luis de León la emoción estética del paisaje rebosa en cada estrofa. El poeta empieza a hablar, al modo del venusino, de la tierra labrada por su mano ; pero pronto todo ello se convierte en una visión casi pictórica :

«Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que por la primavera,
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura ;
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.»

En Pope, la naturaleza ha desaparecido ; por lo menos queda abstracta en la encargada de satisfacer todas las necesidades del poeta ; una sola estrofa se le dedica :

«Whose herds with milk, whose fields with bread
Whose flocks supply him with attire ;
Whose trees in summer yield him shade,
In winter fire.» (1).

¿Dónde está aquí aquella intimidad del hombre con la naturaleza? Pope no experimentaba ese placer materialista que los antiguos sentían ante las cosas naturales o fabricadas, ante el arco flexible, la oveja no estéril, el ánfora limpia o la puerta sólidamente encajada, y por esto su traducción de Homero, aunque muy hermosa, resulta, según afirman los críticos, un poco demasiado siglo XVIII.

Por último, hay una característica que nos muestra cómo los sentimientos de los antiguos no son siempre sentidos insinceramente por los modernos, sino que, por lo contrario, lo que en aquéllos

(1) «Con leche sus hatos, sus campos con pan,—Con vestidos sus rebaños le abastecen ;—Sus árboles al estío sombra ofrecen,—Fuego en invierno dan.»

fué mero sacrificio literario, puede expresar una íntima emoción de éstos. En el *Beatus ille*... la sinceridad de Horacio queda desvirtuada por la ironía de sus últimos versos :

«Haec ubi locutus faenerator Alphius,
Iam iam futurus rusticus,
Honnem redegit Idibus pecuniam,
Quaeri kalendis ponere.» (1).

¡ Después de hablarnos del placer de hallarse libre de toda usura, Alfio resulta ser un usurero incorregible ! Por lo contrario, cuando Fray Luis de León dice :

«Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero ;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.»

o cuando el inglés exclama :

«Thus let me live, uuseeen, uuknown ;
Thus uulamented let me die ;
Steal from the world, and not a stone
Tell where Ilie.» (2).

entoces sí que puede decirse que existe un verdadero y sincero sentimiento, aunque no sea de índole tan natural como en el latino.

Esto basta, pues, para comprender que en los clásicos se halla siempre una fuente inagotable de inspiración, a la que constante han de acudir los poetas, a fin de aliviar las asperezas de su genial pero siempre desaliñado espíritu y para convencernos, una vez más, de que aun los más antiguos motivos pueden ser eternamente remozados por la especial sensibilidad de los poetas nuevos.

(1) «Mientras Alfio, usurero,—estas cosas relata,—mediado el mes recoge su dinero,—y de ser labrador rústico trata;—mas luego a las calendas— lo vuelve a dar a usura sobre prendas.»

(2) «¡ Oh ! dejadme así vivir, no visto, ignoto—Y pudiera así morir, sin desconsuelo,—Aparte el mundo, ni la piedra quiero—Do late mi reposo.»

El hombre que tenía el alma oxidada

Por Carlos Pittaluga

Desde pequeño, al poco tiempo de que su aparición en el mundo se dejara sentir, D. Crisantemo había sido así. El molde de su carácter, de su espíritu y de su conducta no se había modificado en lo más mínimo, desde que lanzaba sillas con tirador a su ama hasta los días en que nos ocupa su persona.

Durante toda su existencia no había variado.

—Crisantemito—le decía su maestro cuando apenas tenía siete años—, voy a tener que castigarte.

Pero lo que había ocurrido para que el maestro le anunciara tal resolución era que Crisantemito se había entretenido, mientras el maestro había salido un momento, en tirar por la ventana a tres compañeros suyos que le habían gastado unas bromas mientras jugaban amigablemente.

En fin, ni sus maestros, ni sus amigos, los poquísimos que tenía, ni sus papás, se atrevían a tomar una resolución con el chico, ni siquiera a darle una reprimenda. ¡Tal era el odio y la maldad que estaban alojados en él!

Pero al mismo compás que sus años, su carácter se hacía más negro, más insondable, y su espíritu más retorcido y más duro al rayado de los poquísimos que estaban en su contacto, haciéndose un hombre francamente temido por los que le rodeaban. Hubiese

llegado a dejar morir de hambre a la portera si no hubiera sido por un incidente que ocurrió en el siniestro barranco de su vida.

Habían transcurrido próximamente cuarenta años de su nacimiento cuando ocurrió el fenómeno.

Un buen día, limpio el ambiente por los rayos de sol, que llegaban hasta la habitación de D. Crisantemo, éste se levantó lleno de preocupación.

La cosa no era para menos. Al ir a conciliar el sueño, después de haber estado escuchando un rato la radio, D. Crisantemo dió un salto en su cama dorada—la cual se estremeció de rabia—, porque dentro de él, en su mismo pecho, en las entrañas de su cuerpo, había oído un ruido. Luego otro, otro; así hasta cuatro. Hacía...

—Rrrricsss.....

El mismo ruido que cuando tratamos de mover la tuerca de un tornillo que no se ha tocado en cuarenta años.

Entonces se puso a dar paseos por la habitación, al mismo tiempo que cantaba la habanera de *Carmen*, para ver si podía ocultarse a sí mismo aquel chirrido, que le hacía estremecerse con ese miedo tan enorme hacia lo desconocido.

Pero él no logró ocultarse a sí mismo el ruido y oyó pasar las horas interminables en el reloj de sus oídos, que marchaba conjuntamente con uno de pared que tenía en una habitación cercana. Las dos, las cuatro, las nueve...

Don Crisantemo marchó a hacer su vida cotidiana. Pero al volver a su casa, en la plataforma del tranvía se oyó, más fuerte aún, un chirrido extraño que hizo a todos los viajeros mirar a D. Crisantemo. Este, dándose cuenta de lo que ocurría, no hizo más que desvanecerse.

Cuando volvió en sí se encontró en la cama de su casa.



Un día decidió nuestro hombre ir a ver a un médico para ver si le podía indicar el origen de ese chirrido. Y fué a verle.

—¿Qué le pasa a usted?

—Doctor : no tengo síntomas externos, ni noto ninguna molestia. Pero, eso sí ; cada tres o cuatro horas me acomete un chirrido tremendo que parte del pecho.

—¡ Ah ! Eso hay que observarlo.

Empezaron inmediatamente las operaciones de esos casos. Palancas, gomas en las muñecas, reverencias del doctor, apoyado un oído en el pecho del paciente ; otra reverencia, con un oído en la espalda, y, al fin, unas palabras del médico :

—Usted está perfectamente. Su dolencia no es física ; no es de mi campo. Pero le diré lo que le pasa.

Y bajando la voz le dijo :

—Usted tiene el alma oxidada.

Cada día que pasaba para D. Crisantemo era un calvario, y lo que él hacía no era vivir.

Su carácter iba cada día empeorando aún ; cada minuto se hacía más irresistible.

Hasta que decidió tomar una resolución rápida.

—Me pegaré un tiro—dijo.

Pero más de una vez se arrepintió de la resolución que había tomado, porque al ponerse el frío cañón de la pistola en la sien derecha su dedo índice se quedaba frío y agarrotado, mientras un sudor denso le inundaba la frente. El hecho es que, después de dos intentonas que hizo para poner fin a su vida con ese procedimiento, tuvo que desistir. Proyectó otro procedimiento, consistente en un resorte que estaba sobre un carril del tranvía, que, al pasar éste, le mataría fatalmente.

Pero cuando en las silenciosas horas de una madrugada fué sorprendido mientras colocaba su aparato, manipulando en los railes del tranvía, sujeto por una mano férrea, fué detenido.

Muchos fueron los días en que no se le veía a ninguna hora.

Incubaba un fin para su tragedia.



Pero una mañana se dió un golpe en la frente y dijo :

—¡ Ya está !

Cogió el sombrero y salió de su casa a una velocidad interplanetaria. A los pocos minutos llegó al Rastro. Se acercó a un puesto de viejo, donde colgaban verjas dieciochescas, faroles, velones y hierros. Se respiraba el óxido.

—¿ Qué deseaba ?

—Vengo a venderle a usted mi alma. Está en muy buen uso. Es una gran ocasión.

—Veamos—le dijo el viejo vendedor judío, calándose unas gafas.

Don Crisantemo hizo un movimiento como de eructo, se metió la mano en la boca y sacó su alma. Estaba en un estado lastimoso.

El viejo mercader judío, luego de examinarla bien y después de darle diez vueltas entre sus juanetudas manos, exclamó con voz grave :

—Ocho pesetas.

—¡ No, hombre ! Por ocho pesetas no le vendo yo a usted mi alma. Lo menos, nueve.

—No, señor. Está en un estado deplorable. Deformada y totalmente mugrienta y corroída. En fin, ni usted ni yo. Ocho cincuenta.

—Es suya—dijo D. Crisantemo.

El viejo se internó en la oscuridad de su covacha haciendo muecas y colocó su adquisición entre los objetos que colgaban, cubiertos por el abrigo del polvo.

Don Crisantemo soltó una bocanada de aire, con la cual pretendía él que saliese su pesadumbre ; recibió el dinero y marchó con paso de borracho, satisfecho, al fin, de su decisión.

Pero desde entonces, ese hombre es mucho más temible que nunca. Es un hombre que vive sin alma.

Constantinopla

Por Emilio Mezquita del Cacho

Pocas razas y pueblos habrán logrado poseer, inconscientemente, una característica unánime, una cualidad común que, partiendo del mal—según nuestro principio axiológico—, haya producido un bien. Y en Turquía, el pueblo ha conseguido realizar este singular milagro : ha convertido la hipocresía en una virtud. Ha hecho hablar al silencio.

Con la rebeldía recesiva, latido peculiar de las razas esclavas, con la ocultación hipócrita de sus tradiciones, perseguidas algunas por la revolución, con una conciencia secular de sumisión, el pueblo turco ha tejido su vestido espiritual. El alma de la actual Turquía ha sido engendrada con tres elementos del mal. Pero su primer mérito, su primera virtud está en ser el alma de una colectividad que no la había tenido ; el dar carácter positivo a una sociedad oscura, difuminada, anodina. Y hoy día puede decirse que de la hipocresía, de la sumisión irrazonada, de la desobediencia y rebeldía calladas, han surgido una cultura, unos medios superiores de vida, un algo palpable y sustantivo que es el *complejo* de la comunidad, su *yo colectivo*. El silencio ha hablado.

El resultado de este carácter ha sido la formación de dos vidas opuestas : una, la externa, europea y occidental, y otra, la tradi-

cional, que se conserva en el interior de sus casas y de sus templos. Esta doble manera de ser fué exactamente resumida por Blasco Ibáñez al decir : «... la Turquía moderna es europea, exteriormente ; pero cuando escucha la voz del Profeta siente despertarse en ella la misma alma de los que llegaron tras el caballo de Mohamed II a la conquista de Constantinopla.»

Esta vida tradicional, de difícil percepción para el viajero, es más ostensible en el barrio asiático de Scutari. En él tuvimos ocasión de conocer a una familia que guarda las viejas costumbres y opone la fuerza de sus arraigadas tradiciones al empuje renovador de los siglos. En el Dakal-basi-zade, la mansión solariega de Hikmet bey, hemos vivido unas horas de exotismo, durante las cuales fuimos héroes de una leyenda oriental. Las puertas de la casa abrieron el mutismo de su clausura y nos mostraron el camino al interior. Todo era soledad en aquel fondo oscuro de pasillos, débilmente perfumados con los aromas que entraban de un jardín sombrío. Atravesando amplias estancias sin luz y lóbregas escaleras llegamos al salón de la casa, donde nos recibió Hikmet bey Pachá. Había terminado el hechizo de nuestro mirar sin ver, en aquella vasta cámara, recubierta de tapices, que abrigaban sus muros. La luz jugaba al ajedrez, al pasar por las celosías, y acariciaba, al caer, las alfombras de Bagdad y las alcatifas de Damasco y de Brusa. En promiscuidad anárquica se encontraban, esparcidas, unas sillas de estilo francés recargado y unos divanes y almohadones del país. Se habían reunido en aquel salón dos gustos, dos vidas, dos civilizaciones, distintas por completo. Al lado de la incómoda y rígida sillería francesa, hecha para conservar el empaque de la figura, la molicie y voluptuosidad perezosa de los asientos orientales. Una y otros representan fielmente la principal diferencia entre las dos existencias, una exógena al hogar, de relación, y otra endógena, de retraimiento, de clausura y reclusión.

Nuestra visita no alteró las costumbres de la familia. Permaneció oculta a nuestros ojos la joven esposa del Pachá y no pudimos pasar a ver las habitaciones privadas de aquella pequeña sul-

tana de su hogar. Pero aun en el seno de aquella familia de rancias costumbres la influencia europea se dejaba sentir. Aquellas sillas Luis XV, la araña veneciana que en el centro lucía, centelleante, como un pendiente de preciosas piedras, aquellos espejos que sobre doradas consolas dormían en la calma de los tristes salones, más que decoración de un harém, parecían soñar con una fiesta de Versalles.



El otro aspecto de la vida interna turca se desarrolla en torno a la idea religiosa. El pueblo turco, buen musulmán, es profundamente creyente; para él no existen problemas de fe y de ateísmo; nadie ha sentido una duda atormentadora sobre las promesas de Mahoma ni sobre la verdad de la existencia de Alá. Pero al mismo tiempo que ese sentimiento religioso, tan íntimo y unánime, se ha desarrollado en él un amplio concepto de la libertad, que hace posible la convivencia y ostentación de las más diversas creencias. En Istanbul reside, en el barrio de Fanar, el pontífice supremo de la Iglesia ortodoxa griega, el célebre Patriarca de Constantinopla, que es, después del Papa, el soberano de más extenso poder espiritual; templos católicos y anglicanos, sinagogas judías, capillas búlgaras, elevan sus orgullosos campanarios o extienden sus claustros junto a las grandes mezquitas.

Estas son, en Constantinopla, un alarde de fe, de riqueza y de arte. Este aspecto es, probablemente, el más interesante, pues las mezquitas constantinopolitanas tienen, dentro de la esfera artística, una propia personalidad y forman por sí solas un grupo independiente en la Historia de la arquitectura oriental. La grandiosidad de sus dimensiones, la amplitud de sus interiores, la extensión de sus patios y atrios anexos tienen el recuerdo de una religión que nació en la desnudez inmensa de los desiertos. Con elementos de otros países, una raza, la otomana, logró crear un arte singular y propio, que es el que admiramos en Constantinopla. Sus mezquitas no recuerdan ni a las marroquíes ni a las persas; entre nuestra ad-

mirable mezquita de Córdoba y la de Iderim Bayaceto, primera y creadora del tipo otomano, no existe parecido alguno. En una, sobre un sostén de fantásticas columnas—de marcado origen sirio—, se entrecruzan, ligeros, los cañones de las bóvedas; en otra, sobre la magnífica altura de sus muros, se forman las cúpulas características. Las columnas no aparecen, como en Córdoba, en profusión liberal, sino que tienden a la agrupación en haces y pilastras, dejando libre un gran espacio central. El patio de las mezquitas marroquíes es sustituido o absorbido por esa gran nave, amplio recinto que parece estar bajo la inminente amenaza del desplome de sus cúpulas superpuestas. El sentido de las dos dimensiones, que aparece en templos como el de Córdoba, es sustituido por la cubicación de la construcción, por el predominio de la triple métrica. Pero hasta llegar a este tipo de mezquita, los otomanos emplearon elementos extraños. Desechando las construcciones abovedadas, características de los sasánidas, emplean el sistema de cúpulas, ya iniciado bajo los Selyukíes; la colocación angular de los alminares es estructura, propia de los persas; la decoración de alguna de las mezquitas, como, por ejemplo, la del sultán Ahmed I, a base de alicatados y azulejos, es importación de Nicea, la antigua Isnik; la construcción en la técnica del ladrillo, por la que empezaron los otomanos, cambiada posteriormente por la técnica de la piedra, es recuerdo de dinastías anteriores. En esta misma reunión de elementos vemos el deseo de formar un arte otomano, aprovechando enseñanzas de países conocidos en tiempos de nomadismo; y ese deseo puede decirse logrado.

No sabríamos cómo calificar, totalitariamente, estas bellas construcciones, que presentan unidos un carácter grave y macizo y otro frágil y ligero. La gran masa del conjunto de la mezquita, formada no sólo por el templo, sino también por el cementerio, patio de abluciones, escuelas teológicas, baños, hospital y otros anexos, no puede por menos de impresionarnos en el sentido de lo grave y macizo. Pero la claridad policroma de sus muros, horadados por ventanas y ajimeces, y la sensibilidad altiva de sus minaretes, nos

predisponen a ver en ellas un algo de alegría y de fragilidad. Algunos han hablado del estilo otomano en el sentido de no recordar a ninguna escuela arquitectónica; en efecto, pero se recuerda a sí misma. Se repite de tal modo, que una mezquita parece ser imagen reflejada en un espejo ambiente, de la que, en otra colina y sólo a algunos centenares de metros, se eleva frente a ella.

Un detalle que, al advertirlo, no puede por menos de sorprendernos, es la poca relación guardada por el decorado interior de las mezquitas con la suntuosidad y belleza de sus fachadas. Haciendo excepción de la célebre *Aya Sophia*, de bella ornamentación mural, a base de mosaicos y pinturas, la mayoría de las mezquitas nos aparecen desnudas; únicamente, en el suelo, envejecen alfombras y alcatifas valiosas; y destacando por su riqueza, en medio de la sencilla decoración, el Miraab, gran hornacina, ante la cual el muezzin dirige las oraciones, y a sus lados, el Member y la Maksura. El primero es un estrecho púlpito, al que da acceso un tramo recto de escaleras. Y, ondeando sobre ellas, la verde bandera del Profeta. La segunda era tribuna de mármol, reservada a los sultanes para su oración. Blanco calado en piedra, que semeja una monumental construcción de azúcar en una gigante confitería.



En medio de un pequeño bosque en flor, jardín humbrío que esparce aromas de fantasía, se alza el antiguo palacio de los sultanes, hoy museo que amontona riquezas y recuerdos. Los diferentes cuerpos de este palacio se comunican por amplias avenidas de arrayanes. Antes de llegar, dentro de él, a los salones de la Corte, atravesamos grandes salas, destinadas a los embajadores y a los visires; espaciosos corredores llenos de luz, patios en los cuales las enredaderas tejen cortinas de verdor y en los que murmuran viejas canciones unas fuentes sentimentales. Así llegamos al salón del trono, alfombrado y cubierto de magníficos tapices; nuestra admiración crece ante esta vasta sala, de dorados fulgores y brillos

de fantástica luz. Salones de la corte de un imperio con grandezas de novelería y realidades embusteras de cuento infantil...

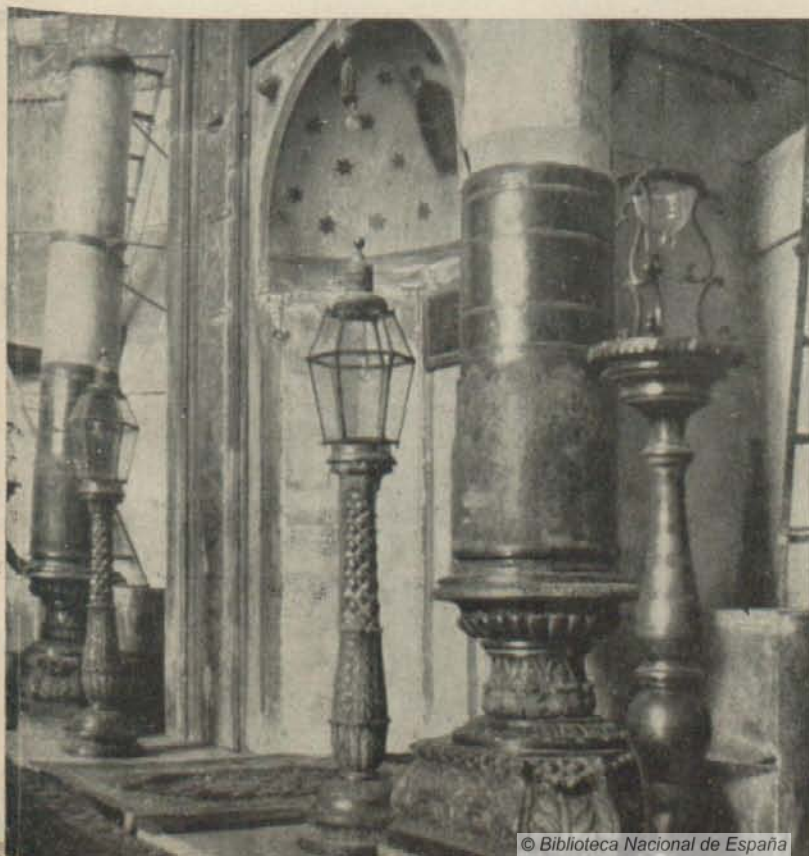
Pasamos, después, a las habitaciones privadas; las alcobas, con grandes lechos de dulzura, santuarios del amor; cámaras propíleas del idilio; los comedores, suntuosos, en los que se celebraron orgías y banquetes, cuyo recuerdo nos hace mirar a las paredes, por si en ellas encontramos nuevos «Manes, Thecel, Phares».

En un pabellón aparte se conservan las habitaciones de la Validé, esposa favorita del sultán; son más recogidas e impera en ellas el gusto femenino. Pequeños gabinetes, de amplios muebles alrededor del hogar; íntimos tocadores, perfumados un día por los vapores de incienso escapados de artísticos pebeteros; alcobas a media luz, fieles guardianas de caricias y regalos; y los baños, unos baños que aún conservan un vaho de calor y un aroma de cuerpo joven. Sentada en el alféizar de uno de esos ajimeces con celosía, que se abren al jardín, la sultana contemplaría el mar, velados los ojos tras el almaizal, como lo estamos contemplando nosotros. Rodeada de esclavas, tal vez renegase de su encierro e implorase a uno de los Genios del Bien de los cuentos de *Las mil y una noches* un amor de aventuras y celos. Y mirando las hojas del jardín, movidas por la brisa, habrá deseado que alguien se agitara detrás de ellas que no fuese un rayo de luna.

Contrastando con tanta riqueza y gala, los oscuros pabellones, destinados a los eunucos, asemejan una lóbrega prisión. A los lados de un corredor sin luz, unas celdas, donde un lecho de tablas gime en un crujir doloroso, eran morada de aquellos seres que, a causa de la bárbara mutilación sufrida, podían convivir con las mujeres en el harén. Diez años de República y desuso de tan salvaje práctica no han sido suficientes para la extinción de los antiguos eunucos. Bajo la gorra galoneada de alguno de los empleados del museo hemos visto los rostros afeminados, los cutis limpios de barba, y hemos escuchado una voz de mujer surgir del interior de una librea de portero.

La visita a las salas que guardan el tesoro ha sido una visión

Interior de la
mezquita de
Aya Sophia.
Istanbul.



El Miraab de
Aya Sophia.
Istanbul.



Vista interior
de Saulemanié-
Djami, Istanbul.
(Fotos Mezquita
del Cacho).



Interior de la
mezquita de
Solimán el
Magnífico.
Istanbul.

fantástica que no esperábamos. Ricas vajillas, en las que el motivo decorativo varía en todas las piezas ; arañas que lloran lágrimas de cristal precioso ; ánforas de plata y oro, cuajadas de pedrería, y, como superación a toda esa maravilla, dos grandes tronos de oro, incrustados de perlas y rubíes. En vitrinas se exponen otros tronos, armas de ataujía, cetros, bastones y objetos de uso, todos ellos recamados en pedrería, capaces de satisfacer, cada uno, la ambición de la mujer más difícil de nuestros días.

Cubriendo unos maniqués vacíos de sentimiento, los ropajes de todos los sultanes adquieren una vida irreal, y son, dentro de las vitrinas que los guardan, una procesión de fantasmas, sorprendida en el camino de la Historia. Todos esos vestidos cubrieron las carnes de aquellos emperadores que asombraron al mundo con sus riquezas ; todos esos turbantes fueron cimera de cabezas ensoberbecidas que vivieron un pensamiento déspota ; todos esos puñales y dagas marcaron con la punta de su acero el término de tantas vidas ; todas esas joyas fueron orgullo de seres que, en un continuo aportar y en un hacer continuado, formaron el tesoro mayor del Mundo en un país castigado por el hambre.

Cuando salimos de este museo del Tesoro nos sentimos aliviados de un peso inexistente. Sobre nuestros ojos tanta joya ha sido un agobio, tanta riqueza un pesar ; preferimos, a esta vida de ensueño, la real, la verdadera, con su amargura y su dolor. Preferimos a la tristeza de pensamientos que nos produce tan gran tesoro, el aliviar, momentáneamente, con una limosna a una mujer que, con dos niños en brazos, mendiga una caridad en las puertas del antiguo serrallo del Sultán.

FIN



teatro
cinema
deporte
libro

Panorama actual de nuestra escena

PREFACIO

No pretendemos ser definidores. Una definición es siempre abominable. En arte, mucho más. Tal vez una de las causas de la tan debatida crisis dramática se halle, no en una decadencia o agostamiento de sensibilidad, sino en un empacho de definiciones críticas sobre lo que *debe ser* el teatro, y lo que al margen de tanta y tan dispar definición *es*, con sustancia propia e inmutable y por encima de tiempos, modos y modas...

Nada más triste que una crítica hecha tópico y hecha prejuicio culto. Esteriliza todo trabajo que quiere ser creador y se esteriliza a sí misma. Deja de serlo. Pierde, en primer término, su carácter fundamental: el de análisis. O, mejor dicho, supera este análisis con una insistencia obstinada y obsesiva, aplicando el mismo tipo de visor a todas las zonas de examen. ¡Y desdichada crítica la que no sabe graduar su visor! Que la nuestra sea flexible es lo que pretendemos.

EL TEATRO ACTUAL

Gris, vulgar, decadente... Pero como nuestra vida, como el momento febril, preñado de transición y de vacilaciones, de que nace. Cierto que no existe el autor moderno; pero cierto, también, que

no existe tampoco una vida moderna plena de autenticidad. Nuestra modernidad pretendida es un «pastiche». Ni siquiera eso. La maqueta, aún no aprobada, de otra civilización que se ensaya con precipitación y muchas veces con inconsciencia. Falta ritmo y falta estilo... Para que un teatro y una época esté madura de realidad tiene que tener una vibración concreta y definida. La nuestra no lo tiene. Sólo se puede atisbar, intuir el futuro. El teatro que fije su lente en esa incógnita y edifique una posible realidad será el auténtico teatro del momento para la hora próxima; el teatro que recoja la emoción del instante presente y la devuelva hecha creación poética y sentida, con acento de verdad, por quienes proyectaron la emoción natural de sus vidas anónimas, teatro también de la más noble ascendencia dramática—la esencia misma del teatro—; teatro que sólo imite al teatro, a lo hecho ya en otro momento..., ni arte, ni teatro. Eso... que vulgarmente se designa así, para diferenciarlo del cine, y que no es más que un producto mercantil, fabricado por unos mercaderes desaprensivos. Por desdicha, la mayoría de nuestro mal llamado teatro actual.

PARENTESIS

Un inciso de aclaración. Tampoco el teatro es una pirueta. Nada más absurdo que ese teatro minoritario, de selección, que se pretende como depurativo. En todo arte que sólo aspira a ser comprendido por unos pocos y desprecia a los más hay una claudicación inconsciente de impotencia. El arte, cuando es arte auténtico, es por todos comprendido y sentido. La selección es una toxina culta de petulancia. El arte es universal. Y el teatro, como suprema expresión literaria, como proyección pura de nuestro pensamiento y sentimiento, más que ninguno otro arte...

Un teatro de ensayos, como de laboratorio de experimentación de reacciones estéticas, es interesante y necesario; pero confundir los términos, querer convertir la experiencia en fórmula definitiva, hacer de este teatro esporádico y eventual un tipo único de teatro,

o, como por algunos se pretende, que sea éste el único tipo teatro viable, el auténtico *teatro* es una equivocación lamentable de poseso. El teatro, en su plenitud, es fundamentalmente teatro de masas—no de unas masas—, y, por serlo, tiene que ser para todos... Encerrado en un marco estrecho de selección, en una cámara hermética a todos los vientos y lanzarlo como producto logrado, es... como arrojar una momia sobre una muchedumbre atónita y ebria de vida.

TEATRO Y ESPECTACULO

Son elementos entre sí fundamentales y complementarios. La masa requiere vitalidad, palpitación, colorido... Flujo y reflujo, vaivén externo. El espectáculo es la manifestación corpórea, exterior, de todo pensamiento, de toda sensibilidad. La vida es, ante todo y sobre todo, espectáculo. El teatro—auténtico—, como proyección de vida, ha de serlo también. Es más: en esta fiesta de sentidos y sentimientos, en la representación artística de la ficción imaginada por el poeta, fragua la obra dramática. Adquiere sus tres dimensiones. Teatro y espectáculos son conceptos consustanciales y necio será el que los considere antagónicos... El teatro no nace para la lectura, para el libro, para el recogimiento estático y místico de la biblioteca sombría y recoleta. Nace de las masas, a plena luz y al aire libre... Y sobre las masas ha de actuar. Y el mejor teatro no será sólo el que explore en ellas con mayor sutileza, sino el que, al interpretarlas con supremo acierto estético, sepa despertar en ellas una emoción también.

Hoy más que nunca el teatro es espectáculo, y hoy más que nunca el espectáculo tiene que ser de la más perfecta y bella encarnación plástica de la idea y del pensamiento dramático. Otro teatro que sea sólo literatura—bellas palabras engarzadas sin dinamismo y emoción—será un bello libro de lectura...; pero teatro, no.

ESTRENOS DEL MES

Muchos..., como todos los meses. ¿Obras?... Tres. Y a las obras, y no a los estrenos de teatro al uso y abuso—lonja de productos manufacturados en serie—, nos hemos de referir únicamente, por razones de asepsia y de buen gusto...

Tres obras, decimos, han acotado nuestra atención. *El pan comido en la mano* y *Ni al amor ni al mar*, de Jacinto Benavente. Después, *Cinco lobitos*, de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero...

Breve crítica: *El pan comido en la mano*, lograda desde el título hasta la fecha. Diálogo terso, flúido, natural. La palabra, clara y sencilla. El pensamiento, hondo. La tesis, muy de hoy: una versión plena de finura y de humanidad del problema de sexos en una derivación de tono y raíz de viva actualidad. La conclusión, una observación sutil: no puede haber triunfo donde necesariamente se tiene que concertar un armisticio...

En *Ni al amor ni al mar* la llama genial de nuestro primer dramaturgo atisba todo un horizonte de caridad nueva... Es un bello drama, que se inicia y acaba en un acto de poeta universal. De maestro. Cuatro actos y un epílogo... Sin embargo, dos «comedias». Una de tres actos—los tres primeros actos—, otra... con el breve y gustoso condimento del epílogo: el drama. Singularidad extraña de esta obra, iniciada en magnífica comedia vulgar—la tragedia vulgar del amor tardío—y acabada en la cima sublime del poeta que se eleva sobre la vida cotidiana y la recrea en mundo de ensueño.

¡ Benavente !... Nuestro primer dramaturgo. El más joven, el más moderno de todos nuestros escritores. Pero para desdicha suya no disimula la edad y su apellido es demasiado español... Si, al menos, tuviera la precaución de decir que todas sus obras eran traducidas... Pero no. No disimula su paternidad. Y no puede sentir el halago de oír que, de ser otro el autor de sus comedias, y más si éste era extranjero, su ironía habría de estar por encima de la de Bernard Shaw y su pensamiento a la diestra de Shakespeare.

La interpretación y la presentación de ambas obras, magnífica, ajustada, perfecta. Burman—el exquisito escenógrafo—logra en *El pan comido en la mano* un interior soberbio. Acaso su mejor escenario, y, sin duda, el mejor de cuantos vimos hasta ahora aquí... y fuera de aquí. Suprimida con singular acierto la batería, debió hacerse lo mismo con la «concha». Estorbaba al bellísimo conjunto y a la fluida labor de los actores de Carmen Díaz.

Menos acertado Burman en el decorado de *Ni al amor ni al mar*, hemos de alabar, sin embargo, sin reservas la composición plástica lograda en el arranque del maravilloso cuarto acto del drama y resultante de una suprema armonía entre el espíritu de la situación dramática, la tonalidad del escenario y la colocación de la figura actor...

La compañía de nuestro «Teatro Español» realiza una interpretación singular de la obra, en la que destacan sus perfiles de arte auténtico Margarita Xirgu, Enrique Borrás—acento y vibración de genial trágico—y una artista joven, que para nosotros no fué revelación en el feliz estreno, sino gustosa comprobación: Pilar Muñoz.

ACCESIT

Por una interpretación excepcional... La que la compañía Irene López Heredia y Mariano Asquerino da al último estreno de don Manuel Linares Rivas—*Por tierra de hidalgos*—en el teatro Beatriz.

Encuadrada la fábula en otro acierto rotundo de Burman, la labor que realiza la magnífica compañía de los insignes actores es algo que merecía obra dramática y no comedia de oportunidad... ¡Lamentable este teatro! Y lastimoso que un ilustre dramaturgo, maestro en la técnica escénica y en el diálogo, siempre bello y con acento de emoción y de verdad, se emplee en tan fáciles menesteres...

Por eso dejamos al margen la comedia y destacamos su imponderable interpretación. Modelo magnífico de bien hacer... En su

ejecución, la ilustre actriz, que es Irene López Heredia—belleza, elegancia y aristocracia de espíritu—, suma a su talento y a una de sus creaciones más logradas el singular perfil de una dirección tan cuidada y exquisita que plasma en el escenario el más bello cuadro plástico, pleno de jerarquía artística. Mariano Asquerino es la réplica magnífica del gran actor a la gran actriz. Los demás, un coro de armonía. Isabel Pallarés—ternura y delicadeza—, Adela Carbonell—sensibilidad exquisita—; Baena—inteligente sobriedad—, Freyre—notable promesa de gran genérico—, Grases—pleno de acierto—y Ricardo Vargas, en un tipo episódico, el relieve de una interpretación admirable...

Accésit para una comedia que, como tantas otras, nada hubiera sido sin unos actores...

Y, por último...

Cinco lobitos, comedia de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero...

Largo sería el comentario de esta comedia bellísima, primorosa, llena de garbo y brío moderno... Más largo aún la reflexión sobre el significado de su lozanía, de su tersura, de su claridad, de su «hoy»...

¡Y de «los Quintero»! De estos hombres que creímos desplazados de nuestra época y de nuestra sensibilidad... De estos hombres que logran la pieza, acaso más lograda de actual momento, y para espanto de los jóvenes y exégetas de un teatro moderno, de fórmula vacilante, sin «quinterianismo»..., sin vejez.

Lo bueno a justicia obliga... ¡Magnífica y amable lección de dramaturgos de ley! Una carcajada de sol sobre un estampido revolucionario.

La interpretación, irreprochable. Como la obra. Dos aristas, sin embargo, que destacar...

Una, el arte cimero de Pepita Díaz. En la sensibilidad extraordinaria de esta actriz encarna todo el sentido específico de la comedia. Pepita Díaz es la comedia por antonomasia en la finura de su matiz y en la sutilidad de su contenido. Su interpretación de *Cinco lobitos* es de antología.

Y otra, Manolo Collado... En este actor encarna todo el estilo del comediante. El análisis de su manera de hacer, tan personal y al mismo tiempo tan impersonal, tan fiel a la interpretación del personaje que representa como fué imaginado, nos llevaría a un esbozo de tratado de interpretación. De ese tratado que inició un día con *El admirable Creighthon*...

Y un elogio para la presentación. El programa nos da un nombre de escenógrafo: «Redondela». Ni dice ni puede decir más... Pero el interior que logra su pincel en el escenario se encarga de aclararlo. Es el escenógrafo joven. Su obra, de auténtica juventud. La escenografía hecha ritmo y hecha rima con la comedia. Todo el arte del escenógrafo. Nada más. Todo el arte de «Redondela». Nada menos.

Y estos son los perfiles más interesantes de los estrenos del mes. Por un momento, el teatro ha vuelto a adquirir su calor y su tono... ¿Será duradero? Con obras, ¿puede haber una «crisis» cierta y una supremacía del «cine»?...

COLOFON

Dejamos para el mes próximo el necesario comentario que nos sugiere la T. E. A.—Teatro Escuela de Arte—, fundado por la juventud inteligente de Cipriano Rivas Cherif. Inauguradas sus sesiones con una refundición del mito de *Don Juan*—notablemente ejecutada por F. Lluch Garín, con música de Mozart—, esperamos el primer estreno auténtico.

Bello espectáculo, sin embargo, el primero ofrecido. Promesa de verdadera escuela. Un grupo de muchachos animosos, y entre ellos, ya, una actriz con calidad de excelente comedianta: Paloma Pardo. Y un buen actor, José Franco.

Confiemos en nuevos hallazgos y en una realidad necesaria de escuela y de modelo.

TÓMÁS SESEÑA PALACIOS.

Extensión universitaria cinematográfica

Como una manifestación artística, técnica y deportiva a la vez, la preocupación por las actividades cinematográficas han llegado a arraigar en las Universidades hasta preocupar noblemente a claustros y entidades de alumnos. En los claustros de profesores, porque no hay Facultad medianamente instalada, donde la consabida linterna mágica, que ya llegó a concebir Leonardo de Vinci, no haya sido pasada a segundo término con la instalación de proyectores cinematográficos para la exhibición de películas científicas, culturales, de viajes y de arte. En las entidades estudiantiles, porque la preocupación por los secretos del cinema cristalizó en la creación de cine-clubs, primero, para la proyección y crítica de películas especiales y estudios, verdaderos estudios, y ahora, para ejercitarse en producir lo que al estudiante, como a cualquier profano del cinema, sólo le es dable ver.

Concretándonos a la inquietud sentida por el universitario español ante el mundo interior del séptimo arte, tengamos la sinceridad de confesar que hasta hace un par de años, exactamente, ningún estudiante, como ningún otro joven de cualquier condición profesional, había pasado de los límites burdos y policromos de las revistas cinematográficas, de carácter sólo mercantil.

Alguien tenía que dar algún nuevo paso en esta pobre situación, y la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, por iniciativa de su entonces comisario general, Carlos Velo, introdujo en España una modalidad corporativa, exclusiva hasta 1931, de las Universidades

extranjerías : el «cineclub». Debemos recalcar que hasta la aparición del «cineclub» en la vida de la F. U. E. todo había tenido en la cinematografía y en el ambiente cinematográfico españoles el fin único del comercio.

A quienes cabe el orgullo de haber acometido primeramente la filmación, entre las falanges estudiantiles, es a los alumnos de la Facultad de Derecho de Madrid ; más en concreto, a la Asociación Profesional de Estudiantes de Derecho, miembro de la F. U. E. Con lo cual queda también dentro de la memorable historia de esta organización escolar el segundo ensayo triunfante, de índole cinematográfica. Un grupo de universitarios de Derecho, en efecto, es el que crea dentro de la Asociación Profesional de la Facultad el «Cinemaestudio», y en abril último termina el «Reportaje cinemaestudio número 1» sobre la Ciudad Universitaria. Acabada esta cinta con la perfección de un noticiario sonoro extranjero estrenóse en Madrid durante el mes de mayo, y recorre ahora, constituyendo un éxito para la F. U. E., las pantallas del mundo entero.

El «Cinemaestudio» de la F. U. E. de Derecho ha pasado ya de su período inicial de ensayo. Por acuerdo de la Asamblea de la A. P. E. D., sus actividades «han de tender exclusivamente a la concreta aplicación de la cinematografía a los métodos experimentales de Derecho. De este modo el triunfo del «Cinemaestudio» será un triunfo profesional. Que es lo que, ante todo, interesa a los muchachos de Derecho.

¿Quedan nuevamente, sin embargo, desprovistos de una producción artística, en general, los medios universitarios de España? Sí ; pero por pocas semanas. Financiado por un grupo de entusiastas aficionados, dentro mismo de la Universidad se está formando un nuevo núcleo cinematográfico, que acometerá resueltamente todas las posibilidades de la producción.

Bástenos adelantar que el elemento técnico será el mismo que anima el «Cinemaestudio».

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ.

CICLISMO

Cuatro españoles en la
«Tour de France» 1934

Nuevamente, casi por trigésima vez, Henri Desgrange, el monomaniaco ciclista, fundador y director de la publicación deportiva *L'Auto*, distrae la atención del mundo deportivo con la carnavalada multicolor de su gigantesca carrera ciclista: ¡la vuelta a Francia! Nada tan emocionante, tan variado y tan sugestivo como esta prueba del calendario ciclista francés.

Afortunadamente, este año la vuelta tiene un mayor interés para la afición española. La gran actuación de Vicente Trueba en la «ronda» pasada—sexto en la clasificación general y vencedor absoluto del premio al mejor escalador—, como simple individual, sin más ayuda que la propia circunstancia, que realza su gran labor; la brillante carrera de Luciano Montero en el Gran Premio de las Naciones—142 kilómetros contra reloj, con salida por separado cada tres minutos—sobre el recorrido Versailles-Rambouillet-Ablis-París (Bufallo), en que el lebrél bidasotarra se mostró espléndido, extraordinario, poniéndose en cabeza a los 130 kilómetros de carrera, malogrando, sin embargo, la victoria—ya segura—una grave caída, que le obligó a perder cuatro minutos y con ellos el triunfo.

Añadiendo a ambas actuaciones la regularidad demostrada por Mariano Cañardó, tanto en España como en el extranjero, y junto todo ello con el deficiente papel hecho por el equipo suizo en los últimos años, han decidido a Desgrange—siempre con el espíritu codicioso del francés—a la formación de un grupo mixto hispano-

helvético—cuatro españoles y cuatro suizos—para la próxima *Tour*. Y caso de no poder formarse el conglomerado—creemos que esta posibilidad no le haría mucha gracia a Desgrange—, sería un equipo completo de españoles el que saldría de París.

Hasta ahora, los *routiers* contratados son: Vicente Trueba, Montero y Cañardó. El cuarto corredor habrá de elegirse entre el valenciano Escuriet y el vizcaíno Ezquerria. Y, probablemente, será este último.

El «ocho» francés, vencedor individual y colectivamente en la pasada vuelta, es de esperar que salga optimista esta vez. Georges Speicher, triunfador el anterior año y además campeón del mundo, será el hombre que dé más posibilidades del grupo galo. Junto a él, Pelissier, el francés de más acometividad, es un serio peligro, pues no hay que olvidar que el popular «Charlot» fué eliminado por una caída en la última vuelta, como tampoco sus recientes triunfos en el velódromo de invierno.

Archambaut, Magne y Lapebie serán sus compañeros.

Unicamente los belgas parecen agotados, aunque puede hacerse una excepción en favor de Jean Aerts, pues son bien conocidas sus cualidades de *sprinter*.

Martano, o tal vez Guerra, si se decide a participar, serán los directores del irregular grupo italiano. El primero de ellos tomará la salida en la primera prueba clásica: la «Milán-San Remo», el 26 de marzo.

De surgir la sorpresa, debe ser de los italianos o de los españoles.

Estos últimos no han corrido la «ronda» nunca en equipo; sólo Trueba conoce a fondo los trucos, las componendas y las artimañas—que no son pocas—de la *Tour*. Pero la incógnita de este año son nuestros compatriotas.

Y ahora, a esperar las emociones que nos guarda la próxima vuelta. Como Franz, como Dewaele, como Bottecchia en su tiempo, o como el mismo Speicher, un español podría dar la sorpresa, la gran sorpresa de la *Tour* 1934.

GERMÁN INZA.

Notas a un libro

E. GÜNTHER GRÜNDEL. *Die Sendung der Jungen Generation*.—Hemos leído este libro, cuya traducción al francés, con el nombre de «La mission de la jeune generation», acaban de realizar Roger Hayem y J. Kuckenburg.

Es un documento más de la historia tan agitada de nuestros días. Está escrito con tanta vitalidad, con un ritmo tan acelerado, que el interés de su lectura no solamente no decae un solo instante, sino que, a medida que avanzamos por entre los sugestivos capítulos del libro, va creciendo y apoderándose cada vez más de nuestra atención.

Una de las cosas que nos enseña, es, que así como ha existido el hombre arquetipo de la Edad Media, y el del Renacimiento, y el de la Revolución francesa, la más profunda preocupación de la Alemania actual es producir el tipo representativo del «hombre nuevo» que sepa y pueda amoldarse a las formas tan descompuestas de nuestro tiempo.

La honda experiencia que está intentando la revolución rusa, no es, para Günther Gründel, más que una caricatura de los errores de Occidente, y habla de ella con indolente desprecio. ¿Cómo, pues, sin caer en el comunismo, construir un nuevo Estado, sobre las instituciones agonizantes del viejo liberalismo? El autor trata de contestar a esta pregunta, *leit-motiv* de la obra.

Hay en el libro páginas llenas de ímpetu, de ardor, de exaltada vehemencia; en otras en cambio—las que más nos gustan—se juzgan hechos pasados y se piensa sobre futuras posibilidades con clara serenidad, con esa fría y meditada pasión con la que, según Hegel, se ha hecho todo lo que en la Historia tiene, peso y volumen.

«La mission de la jeune generation» debe leerlo todo el que quiera saber cómo piensa hoy día la casi totalidad de la juventud alemana.

Nosotros, al concluir su lectura, nos hemos sentido prisioneros de la misma desazón de envidia con que siempre, desde la oscuridad de nuestra desorientación española, hemos visto producirse a las juventudes de Italia, de Alemania, que avanzan, tan unidas, tan llenas de confianza en sí mismas y de fe en el porvenir, hacia la alborada de un nuevo sol. Avanzan, bogando y cantando, a contrapelo de la mar y del viento, proa al puerto de sus destinos históricos.

Fé, fé y esperanza, que no se encienden en el corazón ni se llevan a la inteligencia con utopías, con sofismas, con palabras huecas, sino mostrando a nuestra pasión la perspectiva próxima o lejana—¿qué más da?—de un mañana lleno de amplitud y de grandeza, y presentando a nuestra razón realidades palpitantes, obtenidas a martillazos, contra el recio yunque de las necesidades y circunstancias del diario vivir.

Que hoy los hombres, al cerrar los ojos al sueño tras la dura labor de cada jornada, encomiendan su alma a Dios y le piden felicidad para la vida perdurable, pero es al Estado a quien reclaman el bienestar en la vida de aquí abajo, y a quien exigen el pan nuestro de cada día.

GREGORIO MARAÑÓN MOYA



Reservado para el Laboratorio

AURELIO GÁMIR

VALENCIA



El Arca de Noé

CALLE DEL PEZ, 2

Papelería y objetos de escri-
torio

Casa especializada en artícu-
los para estudiantes

PRECIOS MUY CONVENIENTES

ESTUDIANTES

leed todos

"El Huerfanito"

Dedicado particularmente a los
hijos de los médicos españoles

Redacción y Administración:

PILAR, 45 - GUINDALERA

anales de medicina interna

La mejor revista española de medicina

COMITE DIRECTIVO: Agustín del Cañizo - Carlos Jiménez Díaz
Gregorio Marañón - Gustavo Pittaluga - Gonzalo R. Lafora - Teó-
filo Hernando - Manuel Tapia Martínez.

Redacción y Administración: **espasa - Calpe**

RIOS ROSAS, 24 - APARTADO 547

Casa Seseña (hijo)

SASTRERIA

PROXIMAMENTE LAS
ULTIMAS NOVEDADES PARA
PRIMAVERA Y VERANO

GENEROS DEL PAIS Y EXTRANJERO
CORTE Y CONFECCION ESMERADA A
MEDIDA
ESPECIALIDAD EN CAPAS

◆
CRUZ. 23
TELEF. 11987

FILIAL DE CRUZ, 30 Y ESPOZ Y MINA, 11
LA PRIMERA DE ESPAÑA EN CAPAS

"El Porvenir de los Hijos"

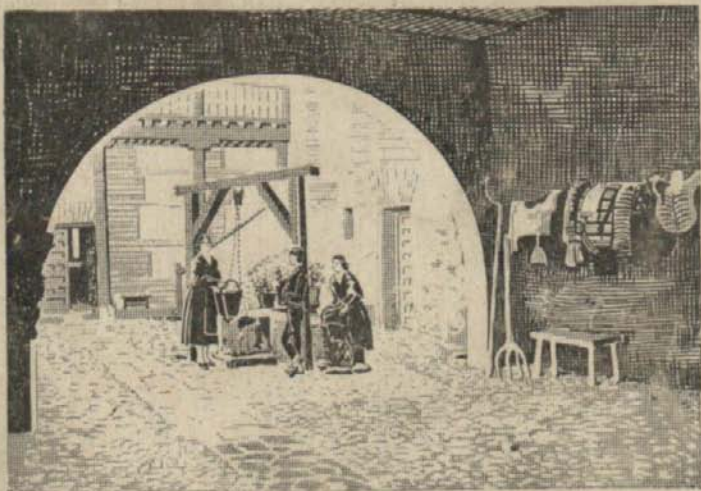
SOCIEDAD ANÓNIMA
:: DE SEGUROS ::



DOMICILIO SOCIAL:
Fontanella 9, 1.º - BARCELONA
Teléfono 12174

DELEGACIÓN REGIONAL:
Benito Gutiérrez, 28, 2.º
MADRID





HOSTERIA DEL ESTUDIANTE

Un típico mesón
castellano lleno
del ambiente de
la ciudad uni-
versitaria de
**ALCALÁ DE
HENARES.**

Comidas y cenas de castiza cocina española, 8 pesetas.
Meriendas variadas, 3 pesetas. Rondalla de guitarras y
bandurrias. A 31 kilómetros de Madrid. Teléfono 148.